

de su ciencia y de su arte. Alrededor de su modo de ganar el pan se mueve el círculo de su actividad mental¹. El cazador y el pescador introducirán siempre en sus cuentos y poesías el animal que persiguen y le colocarán entre sus dioses; el nómada, caminando incesantemente con sus rebaños, se verá siempre sobre esta tierra o en el lejano mundo que sueña, acompañado de sus camellos, bueyes u ovejas, y mantendrá entre ellos el orden de presencia acostumbrado; por último, ¿podría haber nacido la parábola de la inmortalidad del alma, que desde hace miles de años tuvo constantemente por elemento primordial la semilla nutritiva echada en la tierra, fuera de una nación de agricultores? Si un pueblo cambia de patria por fuerza de guerra o por emigración voluntaria, sus leyendas y sus tradiciones se acomodan en seguida al nuevo medio, y hasta en nuestras grandes religiones modernas, budismo y catolicismo, el código de las creencias oficiales más estrictamente arreglado por los sacerdotes acaba por modificarse, aunque conservando su antiguo cuadro de ceremonias.

Esponáneamente el hombre primitivo, sintiendo fermentar la vida en sí, atribuye a todos los objetos que le rodean una vida análoga a la suya. Si una piedra viene a darle un golpe, odia a la piedra que cree animada de intenciones enemigas; si tropieza contra un saliente del suelo, se vuelve contra esa aspereza como si hubiera sido mala para él; ama la rama que le acaricia con sus hojas, la flor que le regocija con su perfume, e injuria al ramo que le azota al paso, la espina que le desgarran, la baya amarga que engaña su deseo.

Cada impresión, agradable o desagradable, suscita en seguida placer u odio; se siente sujeto a todo su medio por un cúmulo de sentimientos que le entreñen en una constante ilusión religiosa relativamente al mundo exterior. Bajo su forma rudimentaria, muy fácil de observar entre los animales, y entre los niños, que golpean o rompen furiosamente las cosas de que se quejan, ese animismo parece ridículo a los que ven perfectamente la relación de causa a efecto entre la piedra indiferente y la mano hostil que la arrojó; pero la concepción errónea de la

¹ Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, pag. 35.



UN CLÉRIGO TAOISTA.—CONSAGRACIÓN DE UN ÍDOLO

Dibujo de G. Roux según documentos del Museo Guimet.

vida universal continúa hallándose hasta nuestros días en las ideas morales y en la historia religiosa.

Los mil accidentes de la vida diaria son en su mayor parte de una génesis difícil de comprender: como el conocimiento de los fenómenos no se ha revelado aún más que en nuestro muy próximo horizonte, y, sin embargo, la necesidad de explicarse todo obra necesariamente bajo una forma a lo menos rudimentaria, el hombre primitivo se siente naturalmente inclinado a buscar en los objetos que le circundan las causas misteriosas de los

sucesos que le sorprenden. En el inmenso teatro de la vida, cada ser le parece tener un papel especial de utilidad o de daño para su propia persona, «centro del universo»; cada uno le parece habitado por un espíritu favorable o adverso: cada fuente tiene su náyade; cada árbol su dríada; todo está maravillosamente animado, y se convierte en fetiche hasta el guijarro, hasta la brizna de hierba. Todo oculta un alma, que dormita quizá, pero que es fácil despertar o que despierta por sí misma. Es la edad del pandemonismo, de donde después había de surgir el panteísmo¹.

El hombre, rodeado por los espíritus como por una nube infinita de mosquitos, pasa, pues, su existencia en una plática constante, profiriendo reproches por un lado y acciones de gracias por otro.

Creyéndose el núcleo inicial del mundo, el salvaje ha de imaginarse que todos los fenómenos de la Naturaleza se cumplen para él, se unen para espantarlo o se animan para hacer su alegría. «¡Esto sólo a mí me ocurre!» exclama todavía el cándido egoísta. Alternativamente, y a veces en el intervalo de algunos instantes, le parece que unos espectros se levantan en su derredor en forma de arbustos y de piedras, después le sonríen las estrellas y las hojas le murmuran dulces palabras. Puesto que todo en derredor del hombre puede, según las circunstancias, aterrorizar o tranquilizar, convertirse en genio favorable o demonio, le será imposible clasificar por orden lógico las divinidades, ora benévolas, ora malignas, que se mueven alrededor de él. Por lo demás, las mitologías se entremezclan de tribu a tribu, de pueblo a pueblo, y, a consecuencia de la diferencia de los nombres que se convierten en otros tantos personajes diversos, aunque se apliquen al principio a los mismos seres de imaginación, el todo forma un conjunto absolutamente inextricable².

Tal o cual coincidencia rara, tal o cual circunstancia extraña, produciendo lo que se figura ser un «milagro», puede dar a un objeto particular una importancia de primer orden en las alucinaciones del hombre; sin embargo, los seres adorados, verdaderos o imaginarios, los «fetiches»—muy bien llamados así

¹ Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

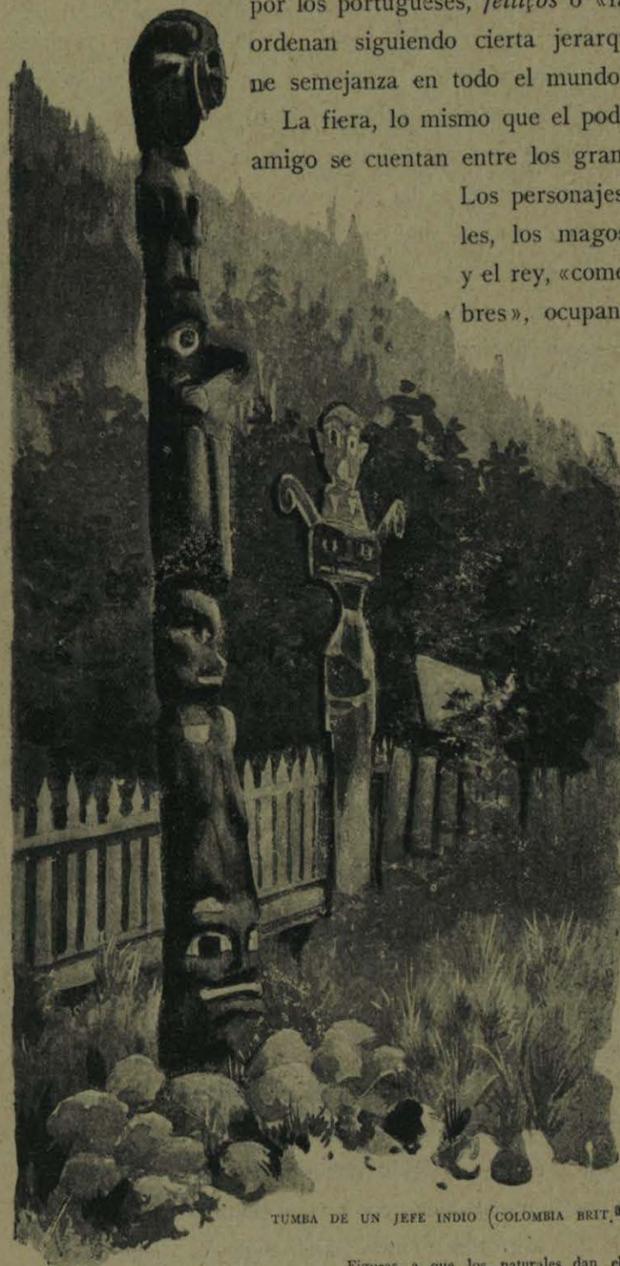
² Draper, *Histoire du Développement Intellectuel de l'Europe*.

por los portugueses, *feiticos* o «facticios»—se ordenan siguiendo cierta jerarquía que tiene semejanza en todo el mundo¹.

La fiera, lo mismo que el poderoso animal amigo se cuentan entre los grandes fetiches.

Los personajes excepcionales, los magos curanderos y el rey, «comedor de hombres», ocupan también un

rango muy elevado en el infinito de las personas divinizadas, así como también los seres colectivos de la Naturaleza que, aunque componiéndose de un número infinito de moléculas independientes aparecen, no obstante, como individuos gigantescos:



TUMBA DE UN JEFE INDIO (COLOMBIA BRIT.)

Figuras a que los naturales dan el más terrible aspecto posible para rechazar a los malos espíritus que impiden a los muertos pasar al otro mundo.

Dibujo de G. Roux, según documentos fotográficos.

los Ríos, las Montañas, los Promontorios, el vasto Océano, las Nubes, la Lluvia, los Rayos solares, la misma Tierra, la fecunda Gaya de la cual

¹ De Brosses, *Du Culte des dieux-fétiches*, París, 1760.

hemos salido todos y a la cual hemos todos de volver. Los puntos cardinales, regiones del espacio indefinido, son también dioses para los Mongoles, los Yakutes y los rusos yakutizados¹. Por último, el Cielo, en toda su inmensidad, no es para aquellos cuyo planeta abraza en su redondez infinita más que un solo y gran individuo a quien se ha de temer y suplicar como cualquier otro cuerpo con el cual el hombre se halla igualmente en contacto. En toda lógica se ha podido, pues, considerar al pueblo chino, no ha mucho adorador de los genios de la Tierra y del Cielo, como habiendo pasado apenas en su evolución el período del fetichismo; y, en verdad, ¿qué adoradores podrían imaginarse desarrollados fuera de esta religión universal?

Los millones y millares de millones de seres temidos que representan las almas de tantos cuerpos distintos, pueden resumirse en un inmenso fetiche como la Tierra y el Cielo. Las dimensiones prodigiosas de esos dioses superiores no impiden que se crea también en la influencia de los torbellinos de diosillos infinitamente pequeños, y precisamente los chinos, que celebran la fiesta del Cielo en tan minuciosas ceremonias, dedican todavía mucha mayor solicitud en las mil observancias que exige el culto del *jang-choui*, es decir, de la multitud infinita de los espíritus del aire y del agua; en parte alguna ha tomado el arte mágico de hacerse favorables los genios mayor importancia que en la «Flor del Medio»².

La historia moderna del mundo chino ha sido determinada en gran parte por la resistencia del pueblo «amarillo» a la brutalidad del ingeniero europeo que viene con insolencia y sin respeto a remover la tierra sagrada y a violar sus espíritus. Entre nosotros, europeos, ¿qué revolución se operaría si de repente se privase a nuestros hijos de sus muñecas y juguetes³!

El «naturismo» es esa religión que nace espontáneamente de la creencia en los innumerables genios representantes de las fuerzas activas de la Naturaleza: todo vive, como lo atestiguan la mayor parte de nuestras lenguas, que dan carácter sexual, «él», «ella», a todos los objetos. Antes de la invención del neutro,

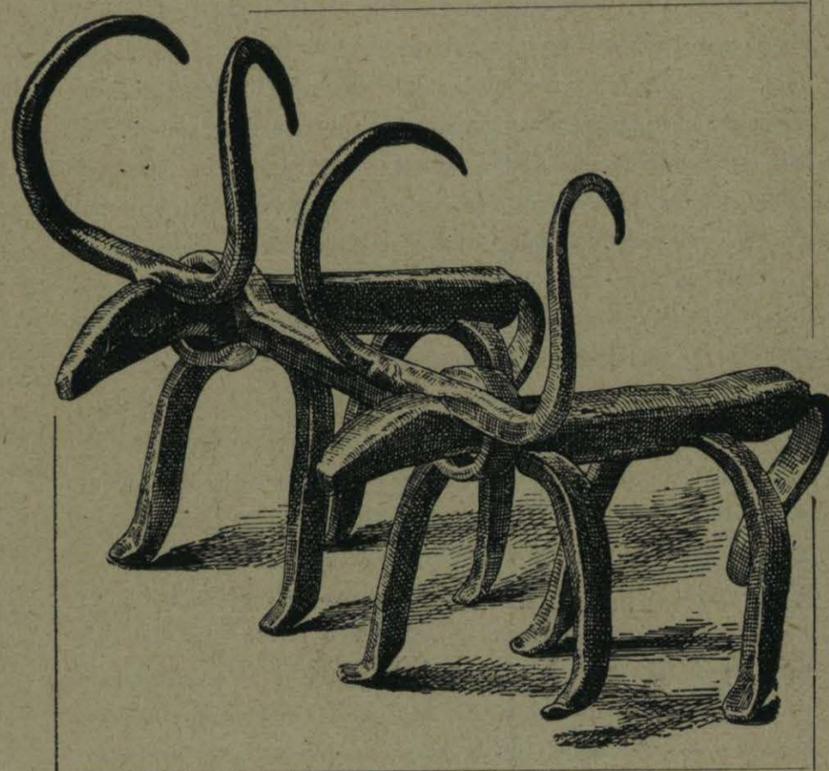
¹ *Deutsche Rundschau*, Jahrgang XVII; Heft, 12.

² Pierre Laffite, *General View of Chinese Civilization*.

³ Lubbock, *Anthropological Review*, oct., 1869.

que es de origen moderno, toda forma exterior estaba representada por un sustantivo masculino o femenino¹.

A esas almas de la Tierra que asedian al hombre por todas partes se juntan las almas de los que han vivido, de los que no han nacido aún: el naturismo se convierte en «animismo» o



EX-VOTO DE HIERRO FORJADO EN SAINT-LÉONARD (TIROL)

más bien se confunde con él, porque la muerte hiere incesantemente en su rededor, y los soplos misteriosos, las «almas», los «espíritus» de los seres expirantes van a confundirse con las energías, de naturaleza igualmente desconocida, que salen de la tierra y de los árboles.

El hombre se ve constantemente rodeado por esas fuerzas de diverso origen pero de poder igual; sin embargo, las enfermedades y la muerte, interviniendo en su existencia por súbitas y a veces terribles apariciones, hacen que se deje llevar fácilmente por su instinto a reconocer en ellas las más temibles dio-

¹ Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. G. Perrot, pág. 72.

sas. Los Georgianos tratan a los azotes pestilenciales de «grandes señores» y se dirigen a ellos en lenguaje adulator¹.

El salvaje quiere conjurar la muerte cuando se presenta como enemiga, para quitarle compañeros, amigos y parientes, y la invoca como aliada y como protectora para que hiera al animal que persigue, a la fiera que le ataca o al odiado adversario. Cree sentir el contacto de las almas de los muertos, salidas de todos los cadáveres caídos en su derredor; percibe que se arremolinan en el aire, en una proximidad propicia o inquietante, según el estado de paz o de guerra que prevalece en la población. Se ven esas almas, se las oye tan bien, que para huír de ellas, los que las temen, tratan de extraviarlas en el bosque, cerrando los caminos, cambiando el emplazamiento de las cabañas, tapiando las puertas, disfrazándose para no ser reconocidos, hasta abandonando el antiguo lenguaje para hablar otro nuevo².

Entre esas almas en pena, había felizmente muchas que llegaban a tener un cuerpo que habitar. Los parientes del muerto solían ser advertidos en sueños del sitio en que se hallaba aquel cuerpo y de la transformación que había sufrido: unas veces oían su voz en un árbol y comprendían que allí se había refugiado; otras, se revelaba en un animal del bosque, que había tomado la semejanza del ser desaparecido. Cumplíase una transmigración de las almas de la vida precedente en otras vidas nuevas, todo objeto de la naturaleza circundante, la roca o el manantial, la planta o el animal podían convertirse en asilo del fugitivo. Una sola cosa era cierta, la continuidad de la vida, hecho que los salvajes comprendían de la manera más sencilla; sin poder estudiarle desde el punto de vista del desprendimiento de los gases de la combinación orgánica en formas nuevas, nuestros antepasados conservaban la invencible certidumbre de que las almas de los muertos les acompañaban siempre y se encontraban con ellos, como en el tiempo de su existencia anterior, en relaciones de amistad o de odio.

Así, aunque teniendo miedo de la muerte, esa transformación prodigiosa que retira el soplo del pecho y hace pudrir las car-

¹ Sakhokia, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 16 de abril de 1904.
² Elie Reclus, *Les Primitifs*.

nes, creían en la persistencia de la vida bajo mil formas. El difunto no estaba muerto, desaparecía, pero sólo en apariencia; y si no había encontrado refugio en otro cuerpo¹, la parte más sutil de su ser, convertida en más invisible que el aire, se movía aquí o allá alrededor de la antigua morada, sobre todo en las agitadas hojas. Aun en nuestros días, en el país de Verviers, se prohíbe a los niños tirar piedras en los cercados, en la fiesta de los Muertos, para no herir las almas.

Pero vivientes como son, ¿cómo pueden esas almas sostenerse fuera de las condiciones necesarias a la conservación de su existencia? Ahí comienza el milagro. Se creía que los espíritus errantes privados de su cuerpo le habían perdido a su pesar, por efecto de alguna astucia de brujo, de alguna violencia de los genios malos². Por tanto, era preciso combatir resueltamente esos enemigos. La piedad filial y esa solidaridad humana que algunos pesimistas niegan, aunque liga los vivos a aquellos que ya no existen, exigían, pues, del primitivo que tratase de reponer la muerte en un medio que le conviniese.

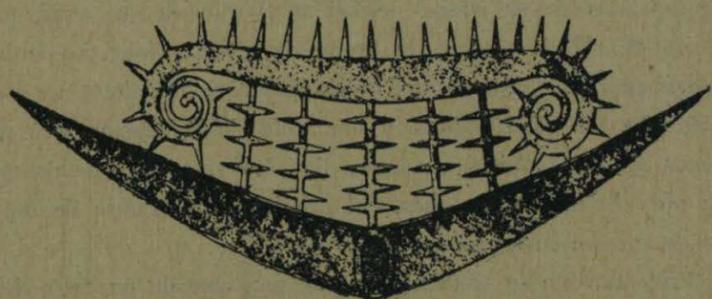
Primeramente se trataba de darle una morada que pareciese ser de su gusto; sobre todo en esta ocasión los ritos funerales habían de variar según la naturaleza de las comarcas y las industrias locales: en tal población se enterraría el muerto cerca de la piedra de su hogar; en otra se encerraría su alma en un muñeco de madera o en una efigie de cera, en un girón de tela que se colgaba en el techo de la cabaña. La rama de un árbol sagrado, una armazón de madera, la proa de un barco eran también lugares de residencia atribuidos a los muertos. Del mismo modo la llama santa debía, en muchas poblaciones, destruir el cuerpo y unirse íntimamente al soplo del hombre, su alma verdadera. Los más bravos daban a sus muertos la más digna de las sepulturas. Su propio cuerpo. Los Battas, de Sumatra; los Tchuktchi, de Siberia, y otros, se comían sus ancianos.

Una manera más refinada de incorporarse el alma de los muertos consistía en beber los líquidos que corren del cadáver descompuesto: así era como en muchas tierras de la Insulindia debían proceder las esposas para permanecer fieles a sus esposos;

¹ Eug. Monseur, *Cours d'Histoire religieuse*, pág. 8.
² Elie Reclus, *La Mort*, «Société Nouvelle», 1895.

de ese modo absorbían en detalle el cuerpo del dueño hasta que no quedase en la cabaña más que una momia desecada. Los Alivuru (Alfuru) de las islas Aroe, al oeste de la Papuasía, mezclan a sus tortas de sagú los fragmentos de los cuerpos de sus parientes y se les asimilan así en el espacio de algunas semanas; en los banquetes fúnebres hacen circular una copa de honor en que el arrak se mezcla al jugo del cadáver, y todos beben un sorbo para comulgar con el muerto¹.

Pero hay tribus que, habiendo abandonado por sí mismas la repugnante práctica, la han impuesto a sus esclavos: comen sus muertos por delegación. Por una substitución análoga, los Ti-



ORNAMENTOS SAGRADOS DE LAS PIRAGUAS DE LA ALDEA DE SIKILIKI (ISLA DE UALÁN, CAROLINAS), RECOGIDOS CUANDO EL VIAJE DE *La Coquille* (1822-1825)

betanos entregan a los perros los cadáveres de sus deudos, y los Parsis restituyen los cuerpos a la madre Naturaleza por medio de los buitres y otros animales aficionados a la carne putrefacta. Los antiguos Etiopes pintaban sobre su cuerpo la imagen de los parientes o amigos desaparecidos², que es lo que nosotros hacemos llevando sobre nosotros medallones, cabellos o recuerdos de nuestros muertos.

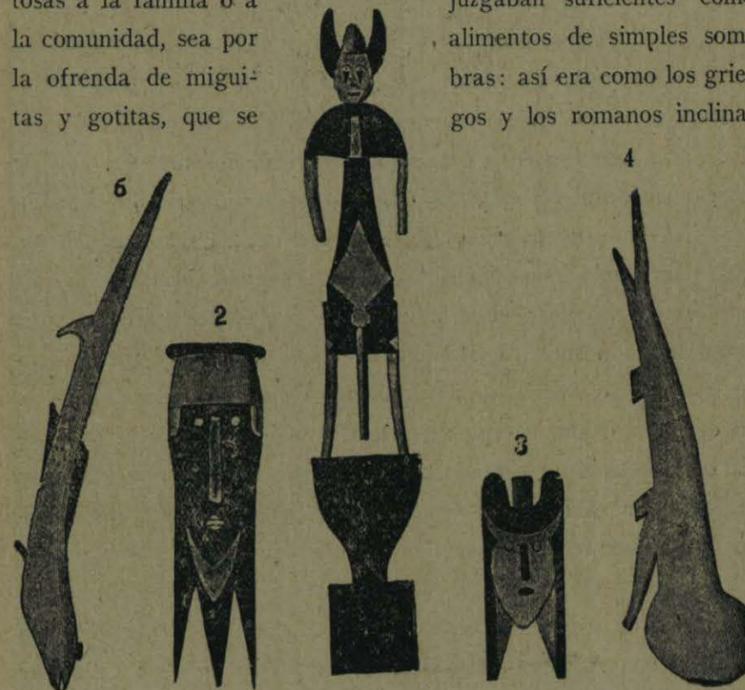
La manducación de los cadáveres, aunque procedente de un sentimiento de solidaridad de los más íntimos de parte de los sobrevivientes, es muy rara entre los hombres, y por lo común se deja a los muertos que vuelvan a los elementos primitivos por vía de descomposición lenta. Las carnes son casi siempre sacrificadas, en tanto que, en muchas tribus se conservan los huesos, sobre todo los cráneos y las tibias; los ribereños del Ori-

¹ A. Bastian, *Rechtsverhältnisse der Völker*;—Elié Reclus, *Revue internationale de Science*, número 12, 1881.

² Lecky, *Rationalism in Europe*.

noco entregan los cadáveres a los dientes de los peces, en otras partes se les remite a las hormigas para que el esqueleto limpio en seguida pueda ser conservado como fetiche¹.

Bajo cualquier forma que persistan los cuerpos, no deja de suponerse que viven siempre, y conviene alimentarlos regularmente, sea por grandes comidas, que pueden resultar muy costosas a la familia o a la comunidad, sea por la ofrenda de miguitas y gotitas, que se juzgaban suficientes como alimentos de simples sombras: así era como los griegos y los romanos inclina-



ÍDOLOS PRINCIPALES DE LA ALDEA DE SIKILIKI (ISLA DE UALÁN, CAROLINAS)

1, 2, 3. Ídolos principales.—4, 5. Ídolos inferiores.

ban sus copas de bebida sobre el fuego para que un hilillo del precioso líquido les conciliase los dioses y los genios. Se proveía al muerto de un báculo para que al otro lado de la tumba continuase el viaje de la vida, quizá por sitios más dichosos; en las comarcas en que el hombre había sabido ya domesticar animales de carga, se le daba el caballo o el buey por compañero, y el Viking de las costas septentrionales recibía un barco para continuar sus viajes de descubrimiento y de conquista sobre las nuevas riberas.

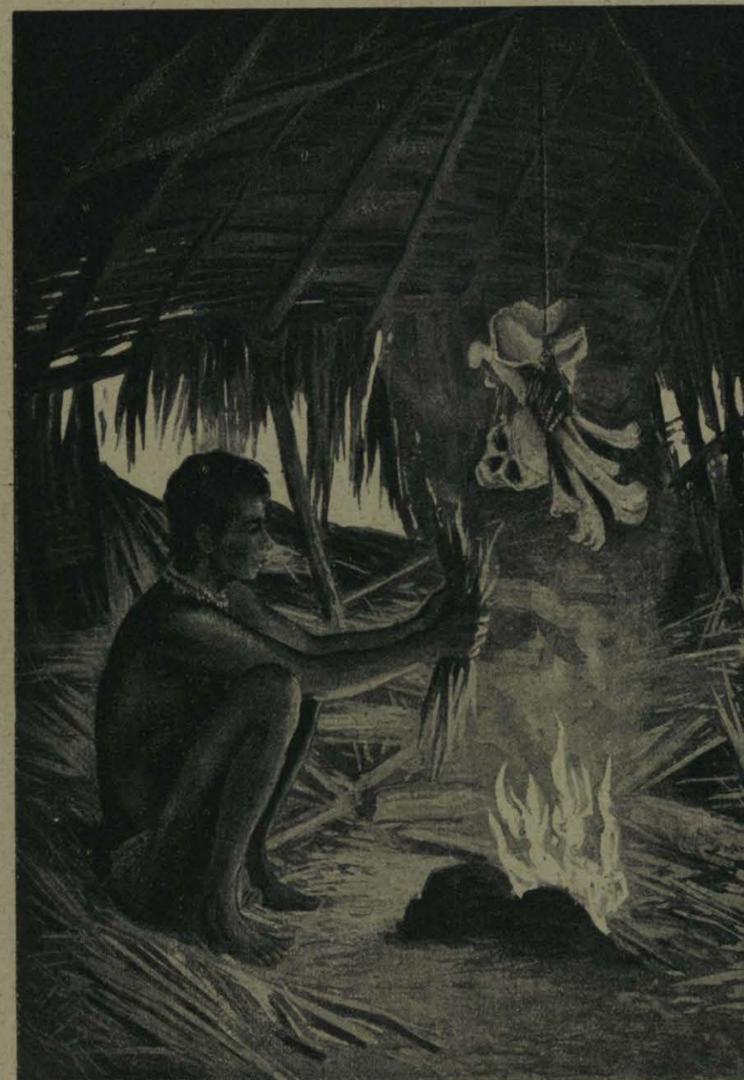
¹ Félix Regnaud, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 9 de enero de 1896.

Si el numerario era conocido entre los amigos del muerto, se le daba una moneda a lo menos para que traficase todavía útilmente con las gentes de ultratumba; por un respeto supersticioso de las antiguas costumbres, los contemporáneos de Sócrates y de Séneca observaron, como muchos europeos observan todavía en diversos puntos, esa práctica funeraria. Por último, cuando el difunto era un gran jefe, se le hacía acompañar en la hoguera o en la fosa sangrienta por toda una corte de guerreros, de mujeres y de esclavos.

De ese modo, en la inmensa multitud de muertos que llenan el espacio, tan numerosos como las hojas de los árboles o como los granos de arena de la orilla, se establece una jerarquía análoga a la que prevalece en la sociedad de las diversas tribus: entre las poblaciones igualitarias, los desaparecidos son considerados por iguales; entre aquellas en que el poder de los unos se ha fundado sobre la servidumbre de los otros, el tratamiento de los muertos varía desde la apoteosis al absoluto desprecio. La creación de un cuerpo sacerdotal debió de acusar la diferencia de aceptación reservada a los muertos, puesto que magos y sacerdotes se erigen en jueces, en dispensadores de los castigos y de las recompensas de ultratumba. Mas, a pesar de los juicios que pronuncia el hombre de religión, una duda subsiste siempre. Los calvinistas, como se sabe, proclamaban, según san Pablo y san Agustín, el dogma de la predestinación: la suerte de los hombres está fijada de antemano, echada a suerte; como en Taiti, las almas ciegas, saliendo de los cuerpos al azar, encuentran dos piedras, la una abre el camino de la vida eterna, la otra el de la eterna muerte¹.

Los sacerdotes, como los jefes, se habían elevado sobre la multitud por una selección natural: los hombres de inteligencia excepcional o de gran experiencia, lo mismo que los astutos compadres, los mejores y los peores, habían de adquirir un ascendiente considerable por las explicaciones verdaderas o plausibles que habían sabido dar de los prodigios de la vida y por los consejos que habían distribuido en tiempo oportuno. Hasta este punto su influencia era legítima; pero nada deprava tanto como

¹ Marillier; Remy de Gourmont, *Chemin de Velours*, p. 18.



INDÍGENA DE LAS ISLAS NICOBAR SECANDO LOS HUESOS DE SU PADRE AL HOGAR DE SU CHOZA

Dibujo de G. Roux según un documento fotográfico.

el éxito, y su consideración misma había de arrastrarlos a hipócritas pretensiones de saber. La magia se convirtió en un oficio, sea para curar las enfermedades físicas del hombre, sea para apartar de él la mala suerte echada por otros brujos o por los genios, y este oficio fué retribuido, porque sin presente al dios y a su intérprete no hay salvación. La parte de ciencia